

**LAS MARAVILLAS
DE
LOURDES**

POR

MONSEÑOR DE SEGUR

Traducción de D. José Sardá, abogado

Con licencia eclesiástica

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE TARBES

Nos, el infrascrito Obispo de Tarbes, hemos hecho examinar con minuciosidad por hombres sabios y *bien informados de todo desde su principio* el libro *LAS MARAVILLAS DE LOURDES* publicado por Mons. Segur. Nos han asegurado, y de ello nos hemos convencido por nosotros mismos, que nada de inexacto se halla en la obra.

No vacilamos, pues, en aprobarla y recomendarla. Esta lectura, llena de vida, atractivo é interés, puede hacer gran bien á las almas, aún después de la obra admirable que sobre lo mismo ha escrito Mr. Enrique Lasserre.

Tarbes, 19 de Octubre de 1871.

✠ P. A., obispo de Tarbes.

INTRODUCCIÓN

Los minuciosos pormenores del relato que vas á leer, amigo lector, son sacados de fuentes las más auténticas, y, por de pronto, del excelente y admirable libro de Enrique Lasserre, conocido ya en toda la Francia, y aun fuera de ella. Verídico, hasta rayar en escrupuloso, Mr. Lasserre quiso verlo, oírlo y juzgarlo todo por sí propio, para eso pasó meses enteros en Lourdes y su comarca, no perdonando gasto ni fatiga para preguntar personalmente á los curados milagrosamente, de suerte que su testimonio viene á ser el mismo de los que han intervenido como actores y testigos en las escenas que refiere, y de las cuales su fe viva le ha hecho narrador fidelísimo y de toda confianza.

Después he tomado prestadas estas narraciones del periódico *Anales de Nuestra Señora de Lourdes*, redactadas sobre el mismo teatro de los sucesos por los piadosos misioneros que publican en ellos, bajo aprobación del Ordinario, lo que ven con sus propios ojos y oyen con sus propios oídos. Dichos misioneros son, por decirlo así, espectadores colocados en primera fila: esta circunstancia da á su testimonio un valor incontestable. Pueden repetir, pues, los que

me prestan los datos, lo que en otros tiempos decía el apóstol San Juan: «Lo que aquí anunciáis, lo hemos oído nosotros, lo hemos visto con nuestros propios ojos, somos de ello testigos presenciales, y lo hemos tocado con nuestras manos. Para vosotros lo hemos escrito, á fin de que con nosotros os regocijéis y sea cumplido vuestro gozo.»

No se extrañará, pues, que recomiende con toda mi alma la lectura de dichos *Anales* y del bello libro de Mr. Lasserre.

En este bello compendio de las maravillas de Lourdes no he hecho otra cosa que condensar y modificar ligeramente en su forma relatos que no son míos. He dejado intacto el fondo; la exactitud en ellos es rigurosa; el mérito, si alguno tienen, pertenece todo entero á los misioneros redactores de los *Anales* y al ilustre historiador de Nuestra Señora de Lourdes.

Tampoco tengo necesidad de declarar aquí que, al referir ciertos hechos prodigiosos, en nada pretendo anticiparme al juicio que sobre ellos forme la autoridad de nuestra santa Madre la Iglesia. Sólo ella es competente para resolver en última instancia sobre puntos tan importantes y delicados.

EX-VOTO

En 17 de Octubre de 1869 mi madre estuvo á punto de ser arrebatada al cariño de los suyos por un terrible ataque que en pocas horas la redujo á los mayores apuros. Un hábil médico me hizo observar con toda franqueza el inminente peligro, añadiéndome que ciertos síntomas alarmantes no le permitían esperar cambio favorable. Su rostro estaba ya desencajado y su pulso daba apenas cuarenta pulsaciones.

Después de haber recibido con humildad y fervor los santos Sacramentos, la moribunda, cuya presencia de espíritu era todavía cabal, permaneció en el mismo estado durante algunas horas. «Será, me dijo aludiendo á su muerte, esta tarde al caer el sol.»

Una amiga de la familia, señora piadosa, que había acudido á darle el último adios y á besar por vez postrera su mano, tuvo la inspiración feliz de recurrir á Nuestra Señora de Lourdes. Acogimos todos con entusiasmo este pensamiento: por una coincidencia providencial el último libro que mi madre y nosotros habíamos tenido entre manos era el bellissimo de Mr. Enrique Lasserre sobre el prodigio de Lourdes.

Dos horas después, nuestra buena amiga trájonos una botellita de agua de la gruta milagrosa; pusimos algunas gotas de ella en el lienzo que cubría la cabeza de la enferma, é hice voto, si la Virgen salvaba á nuestra madre, de ir ha celebrar en su santuario de Lourdes una misa en acción de gracias.

Pocos minutos después que el agua de la Virgen hubo tocado la cabeza de mi madre, durmióse ésta con un sueño apacible que le duró hasta al anoche- cer. Púsose el sol y estaba aún viva á pesar de su pronóstico. «Será por la madrugada, me dijo enton- ces, á menos que Nuestra Señora de Lourdes..... Tales ataques suelen sobrevenir principalmente al salir y al ponerse el sol.»

Amaneció el día siguiente, y no ocurrió novedad. Lo mismo aconteció al anoche- cer de aquel día, y lo mismo al siguiente, y lo mismo al día después. La gravedad iba alejándose de día en día, y á los diez ó doce había principiado ya el período de convalecencia.

El médico, cristiano de veras, contemplaba con alegría y admiración los progresos de un restableci- miento tan sorprendente. Sin querer presentar este suceso como verdadero milagro, no puedo menos, sin embargo, de mirarlo como un favor sobrenatural debido á la Virgen de Lourdes.

Lleno de gratitud dí cumplimiento á mi voto. Tuve la dicha de visitar y venerar la sagrada gruta, em- balsamada aún con el aroma de la Madre de Dios. Y queriendo dejar á este santuario un pequeño *ex-*

voto, recuerdo de mi agradecimiento y de mi amor, prometí á Nuestra Señora de Lourdes compendiar en un opusculito popular, al alcance de todas las in- teligencias y de todas las fortunas, las maravillas que Dios, por medio de su Santísima Madre, se ha dig- nado realizar en este lugar santo.

Tal es el librito que pongo hoy á los piés de Ma- ría en su gruta de Lourdes, y que ofrezco, querido lector, á tu fervorosa piedad.

